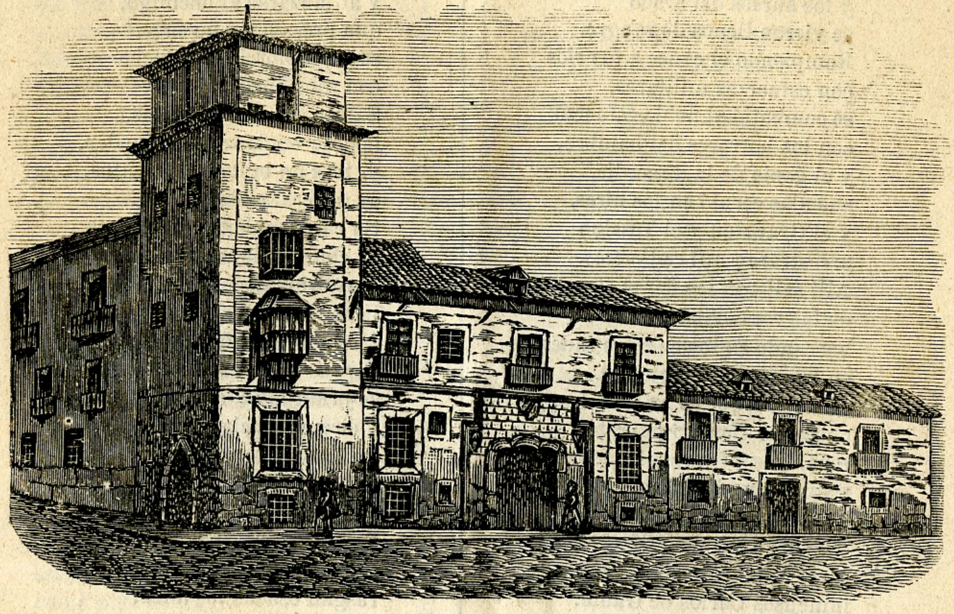


La torre de los Lujanes.

ROMANCE HISTÓRICO.

1525.

I.

Bajo el claro sol de Italia
donde en cadena constante
la gloria tiene su asiento
y los genios su linaje;
allí, donde el orbe admira
de un Tasso y un Miguel Angel
obras, que al genio le arredran,
obligándole á inclinarse;
donde del pincel de Urbino
brotaron tales imágenes,
que de lo divino el sello
denotan por todas partes;
donde al mirar de su pátria
los recrudecidos males,
del encono con la tinta
escribió su *Infierno* un Dante;
donde vió la luz del mundo
quien el mundo hizo mas grande,
y dió, en sus sueños de niño,
nuevo límite á los mares;
allí, mansion de placeres
y dulzuras inefables;
allí, vergel en que cantan
con mas dulzura las aves,
y son mas claros los rios
y mas ténues los celajes,
la guerra sangrienta un dia
tremoló sus estandartes.

En sus florestas amenas
surgió el incendio implacable,
y los surcos del arado
se vieron llenos de sangre.
Rompiendo el cauce á los rios
con esfuerzos militares,
se combatió al noble esfuerzo
con los horrores del hambre,
y el genio de la discordia
sus alas cernió en los aires,
y el Gravalon y el Tessino
arrastraron mil cadáveres.
Allí salieron las fieras
de las rocas y jarales,
buscando en los cuerpos muertos
su banquete repugnante.
Allí con heróicos brios
chocaron, de ódio pujantes,
españoles y franceses,
italianos y alemanes;
y vió la Francia su estrella
por largo tiempo eclipsarse,
y vió aumentar sus dominios
inmensos Cárlos de Gante.

II.

Junto al Tessino, que baña
las murallas seculares
de la ciudad de Pavía,
que un cerco sufre indomable,
el ejército de Francia,
siempre dispuesto al combate,
proteje su campamento
con trincheras naturales.
Silencio reina en las tiendas:
solo se escucha alejándose
el *¡alerta!* que repiten
las avanzadas distantes.
Pero al derramar la aurora
su ténue luz por los valles,
el campamento se anima
y á vida nueva renace.

. . . .

De pronto se escuchan gritos
y de dolor tristes ayes,
ruido de armas y ginetes,
voces de duelo y coraje.
Cual la tempestad violenta,
que todo al paso lo barre,
así los tercios de España
se abren entre el plomo calle,
y al lanzarse al enemigo,
que precaverse no sabe,
se traba horrible la lucha
con un ímpetu salvaje.
Saltan del acero chispas,
las fuertes lanzas se blanden,
y, tras de breves momentos,
es general el combate.
Su casco embotan los potros
en charcos de fango y sangre,
y aspiran ansiosamente
la atmósfera sofocante.
La victoria está indecisa,
porque al valor de ambas partes
se junta igual ardimiento
y circunstancias iguales.
La imperial caballería
ora vence, ora se abate,
y son despues vencedores
los que eran vencidos antes.
Bandadas de aves siniestras
rasgan osadas los aires,
y baten sus alas negras
buscando en donde posarse.
El humo que los mosquetes
vomitando muerte esparcen,
estrecha del horizonte
los límites naturales.
Y el sol, velado en su marcha,
su disco oculta en celajes,
no queriendo ser testigo
de aquella lucha implacable,
en que el valor nada sirve,
en que el arrojo no vale,
porque da la muerte á un héroe
el mosquete de un cobarde.
El rey Francisco primero,
que ve el éxito nublarse,
y teme que la derrota
corone al fin sus afanes,
lánzase á caballo al punto,
le destroza los hijares,
y penetra en lo mas recio
circundado de sus grandes.
Pero su valor heróico
trócase pronto en coraje,
al ver que su paso obstruyen
los heridos y cadáveres.
Reina á su lado la muerte,
y apenas pasa un instante
sin que caigan moribundos
sus mas fuertes capitanes.
Bonivet que le aconseja
quiere del riego escudarle;
pero una bala en su pecho
camino á la muerte abre.
Todo en torno suyo es presa
de la parca inexorable:
hasta su mismo caballo,
compañero en cien combates,
herido tambien de muerte
lanza un rugido salvaje;
encabrítase un momento,
retrocede vacilante,
y cae al suelo en seguida
para nunca levantarse.
Solo el monarca valiente
vive para los pesares,
pues al empuñar, ya en tierra,
el acero centellante,
ansioso de hallar la muerte,
como pide su linaje,
el soldado Juan de Urbieta,
hijo de los vascos valles,
le hace osado prisionero
y para la gloria nace.
El ejército de Francia
muestra su postrer arranque;
pero humillado y vencido
emprende fuga cobarde,
y en el Tessino hallan muerte
los que en él quieren salvarse.
¡Victoria! claman doquiera
nuestros tercios indomables.
¡Victoria! repite el eco
por las montañas distantes,
y aquellas alegres voces
forman estraño contraste
con los ayes que despiden
los que moribundos yacen.
Y el rey Francisco primero,
arrojado en el combate,
sereno en su vencimiento
y en su cautiverio grande,
levanta altivo la frente,
que anublaron los pesares,
para, si todo se pierde,
que la honra al menos se salve.

III.

Preso se halla el rey de Francia
y á Madrid van á llevarle:
un capitan madrileño
guarda al régio personaje,
y en la casa solariega,
que tiene en los arrabales
Hernando Alarcon, le ofrece
local en donde hospedarse.
Allí quiere Cárlos quinto
que sus órdenes se aguarden
y que espere el prisionero
los acuerdos imperiales.
El soberano de Francia,
fuerte y poderoso antes,
cruzó la puerta mezquina
con anublado semblante.
Hernando Alarcon le guia,
y ya en la torre al dejarle,
tales palabras le dice,
nacidas de su alma grande.

—«Señor, si el destino adverso
mi huésped agora os hace,
azares son de la guerra
y de la fortuna azares.
Mas, ni el ánimo atrevido
por ellos duda ó se abate,
ni mostrar tal desaliento
á un rey cristiano le es dable.
El glorioso Cárlos quinto,
que el cielo cien años guarde,
pronto os dejará que libre
torneis á vuestros hogares
ó albergue os dará mas digno
de vuestro valor y clase.
Y cuando aquesto suceda,
para memoria constante,
de que esta modesta torre
presenció vuestros pesares,
yo haré que nunca se habite,
y que por siempre se tapie,
así que os deje salida,
la puerta por donde entrásteis.»
Si fué buen augur Hernando
en la Historia verlo es fácil;
de si cumplió su promesa
la duda, injusticia es grande,

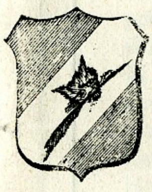
pues la puerta primitiva
que existió en los arrabales,
conserva, tapiada siempre,
la *Casa de los Lujanes*.

IV.

De los hechos referidos
aun es recuerdo constante
un edificio ruinoso
y de aspecto triste y grave,
que entre otras cien construcciones
destacándose arrogante
abre al pasado las puertas
y recuerda otras edades.
Otras edades que España
en registrar se complace
buscando pasadas glorias
en vez de presentes males.
Ni los siglos á su paso
ni las rudas tempestades
lograron tirar por tierra
sus muros cuadrangulares.
De un siglo de triunfos lleno
caduco representante
aquel célebre edificio
del tiempo sufrió el embate,
sin vacilar un momento
sobre sus robustas bases.
Mil veces cuando las sombras
van sucediendo á la tarde,
absorto en mis pensamientos
ví su torre destacarse,
y sentí que el genio altivo
de las glorias nacionales
depositaba en mi alma
estas inspiradas frases:

«En esa torre mezquina
se albergó un rey indomable,
que España derrotar supo
tras un reñido combate.
Ejemplo de añejas glorias,
trasunto de hazañas grandes,
recuerdo durante siglos
de otro siglo de jigantes,
en mengua del mismo tiempo
consérvase inalterable
y al pueblo español le dice
en sus piedras seculares:
«Si alguna vez el destino
tus limpias glorias abate;
si á luchar vuelves ansioso'
por tu suelo y por tus lares;
si el atrevido estranjero
quiere acaso subyugarte,
nunca te arredre el recelo,
nunca el ánimo cobarde
quite á tu brazo robusto
su denuedo formidable;
lucha, vence en la contienda
que la suerte te depare,
y sepa asombrado el mundo
que si un rey quiere domarte
aun le dará alojamiento
la *Torre de los Lujanes.*»

O. y B.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, *bajo*.